

Organizaciones sociales en movimiento. Experiencias, prácticas y alcances de la economía social.

Pighin, Romina.

Cita: Pighin, Romina (2011). Organizaciones sociales en movimiento. Experiencias, prácticas y alcances de la economía social. *VI Jornadas de Jóvenes Investigadores*. Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <http://www.aacademica.com/000-093/79>

Instituto de Investigaciones Gino Germani

VI Jornadas de Jóvenes Investigadores

10, 11 y 12 de noviembre de 2011

Romina Pighin

Centro de Estudios Latinoamericanos (CEL), Universidad Nacional de San Martín
(UNSAM)

romina_pighin@hotmail.com

Eje 3: Protesta y conflicto social. Prácticas de organización y procesos de transformación.

Organizaciones sociales en movimiento. Experiencias, prácticas y alcances de la economía social.

Resumen

Desde los años ochenta, diferentes organizaciones han iniciado experiencias económicas asociativas tanto entre pobres urbanos como en la población campesina. La creciente exclusión social fruto de años de políticas neoliberales reavivó el interés por la economía social entre militantes sociales, investigadores y funcionarios públicos, hecho que llevó a la adopción de sus principios por parte de movimientos sociales de desocupados y asambleístas así como a su inclusión en políticas estatales. En años recientes, dicho interés ha ido creciendo también a partir de la preocupación por el cuidado del medio ambiente y la opción por los alimentos orgánicos. En la actualidad, evidenciamos una multiplicidad de organizaciones relacionadas con la economía social que se articulan en redes sociales y que presentan diversas modalidades de vinculación con el Estado. Se trata de organizaciones con estructuras heterogéneas que comparten una suerte de sentido común como mejor modo de formar parte, pero que difieren a la hora de pensar sus caminos de desarrollo. Es por ello que este trabajo propone una aproximación a diversos casos, colectivos sociales con distintas modalidades de organización, para dar cuenta empíricamente de la multiplicidad observada, de las limitaciones y alcances, con la intención de identificar en esa pluralidad ciertas bases comunes, y así reflexionar sobre su carácter potencial como espacio propicio para la movilización social.

La Economía Social como posibilidad

Las organizaciones del tercer sector en la Argentina no son un fenómeno nuevo; no sólo existen desde hace décadas, sino que han asumido diversas denominaciones y modalidades de estructuración: mutuales, cooperativas, fundaciones, sociedades de fomento, organizaciones de la sociedad civil, entre otras. Sin embargo, fue a partir de la década del noventa cuando dichas organizaciones comenzaron a ser consideradas y estudiadas por la comunidad académica, que ve en ellas un actor fundamental para el cambio social.

Desde los años 80 en adelante, diferentes ONGs han iniciado experiencias económicas asociativas tanto entre la población pobre urbana como en sectores campesinos. La creciente exclusión social fruto de años de políticas neoliberales reavivó el interés por la economía social entre militantes sociales, investigadores y funcionarios públicos, hecho que llevó a la adopción de sus principios por parte de movimientos sociales de desocupados y assembleístas así como a su inclusión en políticas públicas. En años recientes, dicho interés ha ido creciendo también a partir de la preocupación por el cuidado del medio ambiente y, en el caso de los alimentos, por la opción por los alimentos orgánicos.

En la actualidad se evidencia una multiplicidad de organizaciones vinculadas a la economía social que dan cuenta del auge de este fenómeno. En este sentido, cabe destacar que Economía social refiere a un término amplio que alude a un vasto conjunto de ideas, valores y formas asociativas que han venido desarrollándose desde los albores de la revolución industrial y el advenimiento de la economía capitalista. En términos contemporáneos, este término abarca las experiencias y tradiciones de la economía social europea y las de la economía popular latinoamericana (Defourny, 1992; Coraggio, 2000; Razeto, 2004).

Así es como emergen nuevas visiones que reflexionan sobre la problemática urbana de la desintegración/reconstrucción social y que han proyectado las teorizaciones más recientes del pensamiento latinoamericano. Frente al cambio de contexto por crisis de empleo y emergencia de sectores excluidos surge una Economía Solidaria que redefine a la Economía Social clásica y la desafía en sus posibilidades de construirse en una representación de nuevos sujetos para una alternancia de inclusión cimentada en un

nuevo estilo de desarrollo –local y regional- que contemple una perspectiva latinoamericana. (Forni y Roldán, 2004). Es en esta línea de pensamiento en la que situamos el presente artículo: en las experiencias organizativas que se instalan en la concepción de una economía social y solidaria (ESyS).

Desde el punto de vista de las formas de la microeconomía, las organizaciones de la economía social están conformadas por trabajadores que se asocian para: a) producir juntos para el mercado, no orientados por las ganancias sino por la generación de autoempleo e ingresos monetarios; b) comprar juntos para mejorar su poder de negociación en el mercado; c) socializar riesgos y d) producir juntos condiciones o medios de vida para su propia reproducción o el uso colectivo de su comunidad (Coraggio, 2007).

Es a partir de estas bases, entonces, que las distintas organizaciones de la economía social se constituyen como colectivos y se articulan a través de redes sociales, y con las distintas entidades del Estado: desde el apoyo de institutos como INTA (que promueve la economía social), a la participación en programas nacionales (como ProHuerta y Manos a la Obra), hasta permisos de ocupación de espacios o predios pertenecientes al Estado.

El abordaje de estas redes sociales mencionadas nos remite a la noción de capital social, que se refiere en términos generales al conjunto de normas, instituciones y organizaciones que promueven la cooperación entre las personas, en las comunidades y en la sociedad en su conjunto, así como al contenido de esas relaciones y estructuras sociales: es decir, las actitudes de confianza que se dan en combinación con conductas de reciprocidad y cooperación (Durston, 1999).¹

A menudo, los enfoques teóricos respecto a la noción de capital social resultan muy disímiles e incluso contrapuestos. Sin embargo, a pesar de las diferencias, aparece un elemento convergente en torno a todas las formulaciones: el capital social es un recurso que se genera y se acumula en las redes sociales. Las redes sociales se definen como

¹ A los fines de este artículo, se ha utilizado una definición general del concepto capital social que permita introducir a las redes como una de sus principales dimensiones. Sin embargo, dicha noción ha sido profusamente utilizada en ciencias sociales desde la década del noventa a partir de las contribuciones de Bourdieu, Coleman, Putnam, Portes y contempla diferentes dimensiones tales como la visión del área local, el apoyo social, las redes sociales, y la confianza y reciprocidad y compromiso cívico.

campos sociales constituidos por relaciones entre personas, se constituyen a partir de “relaciones de intercambio recíproco de bienes y servicios (...), son conjuntos de individuos entre los cuales se produce con cierta regularidad una categoría de eventos de intercambio” (Larissa Lomnitz, en Forni; 2004).

Es por eso que, en términos generales, es posible identificar a partir de lo antes expuesto la conformación de redes sociales de organizaciones vinculadas a la economía social y la existencia de relaciones basadas en la confianza y en un principio de reciprocidad mutua. En este sentido, Roland Burt se refiere a “las conexiones puente”, al observar que la estructura social de mercado se compone de diferentes grupos de individuos que mantienen relaciones más o menos estrechas entre sí, separándose estos grupos por lo que denomina “agujeros estructurales”. Su existencia implica que los individuos pertenecientes a cada grupo se focalizan en sus propias actividades sin tener en cuenta a los individuos que se encuentran por fuera. El poder atravesar dichos “agujeros” constituye una oportunidad de vincularse con individuos pertenecientes a otros grupos, quebrando la corriente de información y accediendo así a espacios y contenidos distintos del propio, incrementando así sus posibilidades de acción. “De este modo, individuos en contacto con redes ricas en agujeros estructurales son individuos que saben acerca de, tienen una mano en, y ejercitan control sobre más oportunidades gratificantes. Los comportamientos por los cuales desarrollan las oportunidades son profusos y variados, pero la oportunidad en sí misma es en todo momento definida por un agujero en la estructura social” (Burt, 2000:07).

Dentro de estas redes de organizaciones encontramos nuevos repertorios de la acción colectiva, que propiciados por el legado del período neoliberal, nos permiten explicar el paso de una politicidad centrada en el mundo del trabajo a una politicidad centrada en la inscripción territorial. Así, desde una mirada más panorámica, el autor señala que cuanto más masiva es la precariedad y más fallas muestran las instituciones, más multiplican los habitantes sus pertenencias (Merklen; 2005). En efecto, el territorio de los barrios se construye a partir de la superposición de círculos de pertenencia, entre los cuales se ubican las organizaciones sociales.

Es por lo antes expuesto que encontramos una enorme dificultad a la hora de reflexionar acerca de la economía social como conjunto, por la diversidad de actores involucrados (desde productores directos, a estudiantes universitarios, hasta profesionales urbanos de

clase media) y por la variedad de prácticas y proyectos que se observan. Se trata de organizaciones con estructuras distintas, -algunas de tipo horizontal, otras aun mantienen estructuras verticales-, que comparten ciertas bases comunes como mejor modo de formar parte, pero que difieren al momento de construir sus caminos de desarrollo. La complejidad evidente para dar cuenta de si estas organizaciones forman parte o no de un movimiento social queda demostrada en las limitaciones de los desarrollos teóricos, así como en la ausencia de trabajos empíricos al respecto. Es por eso que, frente a su carácter potencial como espacio propicio para la movilización de recursos o la construcción de identidades colectivas, a la par de los aspectos antes expuestos, proponemos trabajar con distintos casos, organizaciones sociales con distintas modalidades de organización, para dar cuenta empíricamente de la diversidad observada, de sus problemas y alcances, con la intención de identificar si esa multiplicidad permite hablar o no de ciertas bases comunes que definan los rasgos de un espacio de movilización social.

De la economía social a la economía social y solidaria (ESyS)

Como modelo histórico, la economía social construyó un sentido como praxis alternativa en la mejora de las condiciones de los asalariados. Aparece en sus distintos desarrollos como una combinación de proyecto, al construir la legalidad de las cooperativas, y mejora del salario vía consumo, vivienda y mutuales. Su legitimación social incide luego en la generación del Estado de Bienestar que “se apropia” de la lógica de la sociedad civil, significando la integración de la sociedad cooperativista a la economía industrial. En el esquema de expansión a través del consumo, siguió la lógica de emprendimientos competitivos coexistiendo (o compitiendo) en el mercado con empresas capitalistas y articulando con distintas formas organizadas del empleo, entre otras instituciones.

El nuevo escenario de la crisis replantea el papel de la economía social que aparece tensionada en dos direcciones: en sus formatos institucionales clásicos como forma jurídica de constitución, adopta en la práctica una legalidad flexible, y debe adaptar sus estatutos constitutivos originales a las exigencias de un mercado fuertemente competitivo que lleva a interrogar sobre la escala apropiada; y hacia abajo, la

incorporación de nuevas formas de organización y producción que van desde las experiencias de trabajadores informales que se asocian hasta trabajadores industriales que recuperan fuentes de trabajo.

Estas formas asociativas que se relacionan con el trabajo y vuelven a unir producción y reproducción, extienden la Economía Social a la Economía Solidaria, integrando a los desocupados que tuvieron inclusión y derechos de ciudadanía laboral. Aquí la solidaridad construye sociedad como derechos de inclusión y ciudadanía, proyectándose a nivel macro en alianza con el Estado.²

De esta manera, el término Economía Solidaria permite dar cuenta de la corriente ideológica más significativa para impulsar la Economía Social en América Latina, al mismo tiempo que el concepto- paraguas de Economía Social refiere a las organizaciones usualmente entendidas como “organizaciones económicas voluntarias” que buscan a la vez un resultado económico en sentido amplio y un producto en relaciones sociales.

Así, siguiendo a Coraggio, el desafío de reconstruir la Economía Social y Solidaria (ESyS) desde una perspectiva que combina el modelo histórico y los efectos de ruptura con el contexto, recorta un campo teórico que posibilita instalar el debate actual.

El interrogante que surge ante la emergencia de múltiples redes de organizaciones o colectivos sociales que trabajan en el campo de la ESyS, es la posibilidad de vislumbrar la existencia de un movimiento social incipiente, cuyo desarrollo y límites se perciben actualmente como difusos.

² La lógica de la economía social no es antiestatal. Por el contrario, aunque admite la necesidad de cobrar autonomía desde la misma base económica de la sociedad, a la vez propone incidir crecientemente en la encarnación de sus valores en el seno de la administración pública y del sistema político. Las formas de gestión participativa a nivel local, la creación de foros participativos para definir políticas sectoriales, las instituciones del presupuesto participativo o de la planificación estratégica participativa, así como la organización de frentes de acción colectiva para modificar las políticas del Estado a favor de regular la economía y los mercados capitalistas, de fomentar la economía social, y de practicar en general la democracia participativa, son recursos que forman parte fundamental de la economía social. (Coraggio, 2002)

La economía social y solidaria como *desborde*

En términos generales, desde diferentes perspectivas se concibe a los movimientos sociales como acciones colectivas con alguna estabilidad en el tiempo y algún nivel de organización, orientados al cambio o conservación de la sociedad o de alguna parte de ella. Así, la idea de movimiento social tiende a oscilar entre dos polos: la respuesta coyuntural a una determinada situación o problema y la encarnación del sentido de la historia y el cambio social. (Garretón, 2002) En este sentido, las organizaciones de la ESyS encuentran su origen en una respuesta coyuntural al problema de la falta de empleo e incremento de desigualdades económicas, pero al mismo tiempo su potencialidad como agente de cambio hoy no pareciera ser tan claro.

Luis Tapia se refiere al proceso de conformación de un movimiento social. En este sentido, señala que un movimiento social empieza a configurarse cuando la acción colectiva empieza a desbordar los lugares estables de la política, tanto en el seno de la sociedad civil como en el del Estado, y se mueve a través de la sociedad buscando solidaridades y aliados en torno a un cuestionamiento sobre los criterios y formas de distribución de la riqueza social o de los propios principios de organización de la sociedad, del estado y del gobierno. Sin visualizar un lugar específico para hacer política, sino a partir de algún núcleo de constitución de sujetos, organización y acción colectiva, un movimiento social empieza a transitar y politizar los espacios sociales con sus críticas, demandas, prácticas y proyectos. (Tapia, 2008)

Desde esta perspectiva, los movimientos sociales son “el momento de fluidez y desborde” de la sociedad civil, una expresión y un mecanismo de reforma y renovación. En la medida que el sistema de partidos no es el lugar de representación, de deliberación y solución de los principales problemas y demandas del país, hay de manera casi permanente un espacio político paralelo, cambiante, discontinuo y polimorfo que se constituye y reconstituye según los conflictos y luchas sociales que se plantean y en función de los sujetos sociales que se constituyen como querellantes o reformadores. En este mismo espacio parecieran situarse las diferentes organizaciones y sujetos que se reconocen como parte de un movimiento vinculado a la ESyS.

Estos momentos de fluidez y desborde que dan lugar a los movimientos sociales, forman parte de lo que Tapia denomina como *subsuelo político*. Y este subsuelo es parte

de la complejidad producida por el movimiento de las sociedades. Es en este subsuelo en el que se mueven y viven los excluidos de las relaciones sociales. El subsuelo político aparece así como aquel conjunto de prácticas y discursos políticos que no son reconocidos social y estatalmente pero emergen como forma de asociación, interacción y opinión sobre la dimensión política y de gobierno de las sociedades. Como veíamos anteriormente, en este espacio encontramos el surgimiento de la ESyS, en un contexto de creciente exclusión de grandes masas de población, acentuada con la aplicación políticas estructurales neoliberales.

El neoliberalismo, desde esta perspectiva, es un modelo que produce y legitima la desigualdad. Así, los cambios económicos generados por este modelo, han aumentado la desigualdad, por lo cual podríamos decir que las condiciones para el ejercicio de la igualdad y la ciudadanía han experimentado una reducción o se han visto afectadas negativamente. El subsuelo político aparece en esta coyuntura como sustituto de la esfera de lo público cuando ésta se deteriora por un predominio de la mercantilización o por una creciente desigualdad política, producto de la creciente desigualdad económica. Es en este subsuelo en el que se organizan las comunidades sobre la base de criterios de igualdad que no operan en la superficie institucional. En otras palabras, “visibilizar a los invisibles.”

En este subsuelo político encontramos al conjunto diverso de organizaciones que conforman ese diverso y complejo colectivo que denominamos Economía Social y Solidaria (ESyS). En que se despliegan prácticas políticas que se ejercen como los “derechos que la gente cree que tiene o debería tener”, como espacio de experimentación política, en varios sentidos. Por un lado, se promueve el reconocimiento de ciertos derechos y valores para luego impulsar reformas de la superficie institucional. Por otro, es el terreno en el que se experimentan canales alternativos a ley, “se ensayan los desbordes de la ley”, los que fracasan y los que tienen éxito o logran modificar algún aspecto de la vida social y política.

Así es como el subsuelo político se vuelve el espacio generador de la renovación y el cambio político, lo cual pasa generalmente por poner en crisis al Estado o parte de sus instituciones.

Tal como señala Tapia, el subsuelo político suele contener un espectro ideológico más amplio y variado. Es el ámbito de la diversidad ideológica, de “fragmentos alternativos de concepciones del mundo”. Esta diversidad podemos percibirla en la diversidad de organizaciones, sujetos y colectivos sociales que forman parte (o podemos incluir) dentro del espacio de la economía social y solidaria (ESyS). Así nos encontramos ante una multiplicidad de organizaciones, ONGs, mutuales, cooperativas, empresas recuperadas, productores individuales, artesanos, asociaciones civiles con recorridos, idiosincrasias y modalidades de acción diversa, en el que comparten un sentido común, aunque también un espacio de lucha y experimentación de las contradicciones y diferencias.

Como emergente de este subsuelo político, nos encontramos ante un colectivo de organizaciones, ante una diversidad de sujetos, prácticas y discursos como formas excedentes de política, no reconocidos (o en lucha por el reconocimiento) por el sistema de instituciones y discursos que definen el principio organizativo de la forma y la superficie.

Algunas experiencias en la práctica de la Economía Social y Solidaria (ESyS)

Dentro del fenómeno de la ESyS, encontramos a un conjunto de organizaciones, asociaciones y actores de diferentes sectores que surgen como espacios para contener y dar respuesta a las necesidades en un contexto de crisis, al mismo tiempo que promueven un modelo histórico e ideológico alternativo de economía basado en los principios de solidaridad, comercio y precio justo: así como en el cuidado de las diferentes etapas de la producción y comercialización (productores, canales de comercialización, distribución y concientización de consumidores) y la protección del medio ambiente.

El interrogante que se nos plantea es hasta qué punto estas manifestaciones, organizaciones y actores que participan de lo que se ha denominado como ESyS dan cuenta de un proceso de construcción o transformación que podría derivar en un movimiento social cuyos límites y alcances hoy se perciben difusos.

A continuación, se presentan algunas de las experiencias abordadas con el objetivo de ilustrar diversas iniciativas y tipos de organizaciones vinculadas a la ESyS.

El Galpón

Se trata de un centro comunal ubicado en el barrio de Chacarita de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, en el que más de cien productores, alineados con redes internacionales de precio justo y comercio responsable, ofrecen alimentos orgánicos para la compra directa (en forma directa o a través de organizaciones). El proyecto que gestiona la Mutual Sentimiento desde el 2005, convocó a productores cercanos al punto de venta como así también algunos de las provincias que ya cuentan con red de distribución, como es el caso del Movimiento de Campesinos de Santiago del Estero (Mocase).³ En el mercado conviven tanto organizaciones con diversa trayectorias como así también pequeños productos individuales y artesanos. Las disputas por mantener este espacio de comercialización son permanentes, con reiterados intentos de desalojo.

³ <http://www.mutualsentimiento.org.ar>

Mercado Bonpland

Situado en el barrio de Palermo de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, se origina en el ciclo de movilizaciones y organización popular con epicentro en la crisis del 2001. Heredero directo de la Asamblea de Palermo Viejo, fueron sus integrantes quienes reclamaron y ocuparon el espacio, en ese entonces un Centro de Abastecimiento Municipal abandonado. En la actualidad, comparten el espacio y el proyecto del mercado asambleas populares, cooperativas, ONGs, grupos de pequeños productores beneficiarios de programas sociales, movimientos campesinos y fábricas recuperadas de distintas regiones del país, que participan y venden sus productos en un *viejo mercado* recuperado y en una de las zonas más cotizadas de la ciudad. En ese caso, se trata en su mayoría de organizaciones que ocupan espacios definidos dentro del mercado a través de un convenio firmado con el gobierno local.⁴ A diferencia del caso anterior, en el Mercado Bonpland no encontramos una unidad centralizadora gestionando el predio (como es el caso de una mutual) sino que es a través del sistema de asambleas que se toman las decisiones que conciernen al mercado. Luego de reiterados intentos de desalojo y fracturas, hoy el mercado ha encontrado cierta estabilidad generando acuerdos al interior como así también con las autoridades locales.

Cooperativa ICCECOP

Conformada en el año 2007 como una empresa de trabajadores autogestionados, la cooperativa está integrada por técnicos y profesionales de distintas disciplinas que producen bienes y servicios en las áreas de tecnología, comercialización y cooperación técnica. Con sus productos y servicios buscan generar innovaciones en la economía real que contribuyan a una mejor calidad de vida y a establecer nuevas y más justas relaciones sociales. En torno a este eje, desarrolla tres líneas de trabajo: Multicorte, Comercio Solidario y el Centro de Apoyo a la Economía Popular (CAEP).

⁴ Las organizaciones que forman parte del mercado firmantes del convenio o permisionarios: APF, Asamblea de Palermo Viejo, La Asamblearia, Asociación Civil La Dignidad (MTR), CE.DE.PO., Cooperativa Chemical (La Rioja), Cooperativa Puerto Rico (Misiones), Cooperativa Río Paraná, FECOAGRO, ICECOR, La Alameda, Red del Campo, Soncko Argentino. Existen asimismo otras organizaciones y productores independientes que en su mayoría se han integrado a alguna de estas organizaciones firmantes y ocupan parte de sus espacios dentro del mercado.

Su sede se encuentra en el barrio de Barracas de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Realiza actividades dentro del Circuito Cultural Barracas y participa activamente de actividades institucionales y educación cooperativa y es miembro de la Federación Argentina de Cooperativas de Trabajadores Autogestionados (FACTA).⁵ Asimismo gestionan la Cooperativa de Trabajo Iriarte Verde, un espacio autogestionado por sus trabajadores que busca construir lazos sociales con pequeños productores familiares y acercar a los consumidores alimentos libres de agrotóxicos. *Iriarte Verde* trabaja de forma asociada con productores, principalmente de la localidad de Arana (La Plata), y comercializan su producción en su local de Barracas como así también a través de entregas a domicilio en la Ciudad de Buenos Aires.

Colectivo Trabajo y Autogestión

Se inserta como un espacio “autónomo, horizontal y participativo” formado por múltiples actores, entre los que se destacan estudiantes universitarios, intelectuales y profesionales urbanos que desde 2008 se vinculan y difunden procesos de autogestión, y, principalmente, generan proyectos autogestionados propios que ponen en marcha en distintos espacios de construcción y organización. Promueven este tipo de proyectos como eje central del “desarrollo de la economía social como forma superadora, posible y actual, de los modos de producción (de bienes, de conocimiento, de cultura, etc.) dominantes”.⁶

Las distintas organizaciones mencionadas son algunas de las tantas que conforman espacios de construcción e intercambio de una ESyS.

Es a partir de un enfoque relacional que proponemos analizar los procesos de constitución, desarrollo y cambio social, colocando la mirada en las relaciones sociales: desde las transacciones a nivel de la interacción social, pasando por la constitución de lazos sociales, la concatenación en redes de relaciones hasta la configuración de organizaciones a nivel macro. (Tilly, 2000) En el presente artículo, esbozaremos algunas categorías que nos permiten pensar en los puntos de encuentro y desencuentro

⁵ <http://www.icecoop.com.ar/>

⁶ <http://www.trabajoyautogestion.com.ar>

de estas relaciones, que surgen de una etapa preliminar en el análisis de estas diferentes experiencias vinculadas a la ESyS.

Recursos, limitaciones y persistencias de las experiencias vinculadas a la ESyS

A los fines de comprender el proceso experimentado por las diversas organizaciones que conforman este colectivo social es fundamental prestar atención a las iniciativas, objetivos y recursos puestos en juego por las diferentes organizaciones y contemplar las dificultades propias en coyunturas críticas. En este sentido, la historia y trayectoria de los diferentes actores sociales en el cooperativismo o en los procesos vinculados a autogestión son fundamentales para pensar las limitaciones y posibilidades de los diferentes proyectos afines a la ESyS.

Otra cuestión central en el desarrollo de estas organizaciones ha sido (y es) la relación con el gobierno local y nacional. La misma, en general, atraviesa diferentes etapas. Ya sean momentos de alta conflictividad (incluyendo la posibilidad real de desalojos), o negociación y hasta cooperación o ayuda mutua. Y en este punto organizaciones aportan su *know how* para organizar intervenciones y estrategias de negociación para con los funcionarios de gobierno. Esta búsqueda abre la posibilidad de nuevo acuerdo con las autoridades y provoca un cambio de postura hacia el mercado. Este aporte en un momento crítico implicó una diferencia en la trayectoria del colectivo social.

Otro conocimiento o recurso imprescindible ha sido la formación e implementación de la agricultura orgánica. En efecto los productores que llegan a comercializar sus productos en un espacio (ya sea feria, mercado, local) o llegar a los domicilios de los consumidores, han aprendido gracias a programas sociales como el ProHuerta del INTA y gran parte de la producción llega de áreas de producción orgánica retiradas de la ciudad. Las limitaciones con las que se enfrentan se relacionan con la dificultad del traslado de los productos. En este sentido la localización geográfica de los puntos de comercialización (Palermo, Chacarita, Barracas) y la posibilidad de contar con “intermediarios” o canales céntricos de comercialización pareciera ser un factor de suma relevancia para la persistencia de dichas experiencias.

La red de vínculos y conocimientos sobre el funcionamiento de agencias y programas gubernamentales así como no gubernamentales es otro medio fundamental puesto en juego por algunos de los organizadores en todos los casos observados. En este sentido, el capital social acumulado aparece como otro aspecto central para la permanencia de estas prácticas.

Otra de las características que comparten los organizadores u emprendedores de estas experiencias es la capacidad de cooptar recursos de diverso origen institucional. La imposibilidad de contar con los mismos es lo que limita las posibilidades de traslado de productos así como de capacitación y subsistencia de los trabajadores y/o productores.

Un recurso imprescindible es el de índole material: la posibilidad de contar con predio, espacios de reunión, transporte para el traslado de productos, así como instalación eléctrica y sanitaria en el caso de los mercados, todo ello necesario para el funcionamiento y la permanencia de estas iniciativas. En este sentido, el desarrollo futuro de las diferentes organizaciones se concibe como la posibilidad de constituir espacios de expansión para la economía social, lo que implicaría mayores recursos, predios y redes de transporte adecuadas para su sostenimiento.

Otra de las dimensiones que encontramos en estas experiencias, es la *moral*. Sin excepción, las distintas organizaciones apelan a la producción orgánica y a la protección del medio ambiente, a un modelo de sustentabilidad, a las cooperativas de pequeños productores y campesinos sin tierras, a los trabajadores de las fábricas recuperadas y a los consumidores responsables. El consenso entre las organizaciones emerge en torno de los principios ligados a la producción orgánica. En este sentido, el “valor” no se limita a la producción de alimentos saludables en sí, sino a sus implicancias en todo el proceso de producción y distribución en el que no sólo se cuidan el producto final, sino a los productores y al medio ambiente, a los consumidores y clientes a través de un “precio justo”. Sin embargo, este denominador común no se encuentra exento de controversias. Dado que algunas de las organizaciones no son en sí mismas productoras sino más bien intermediarias de los productores, aparecen cuestionamientos sobre el tipo de vínculos que algunas mantienen con los productores, el modo en que se establece el precio de los productos, entre otros.

El consumidor y cliente final ocupan un lugar central para algunas de las organizaciones. La construcción de un vínculo basado sobre los principios de la economía solidaria, otorga la posibilidad de dar a conocer las características particulares del modelo (estacionalidad de productos, producción a menor escala), discutir precios (“precios justos tanto para el productor como para el consumidor”), producir de acuerdo a las demandas de la “clientela” y mejorar los procesos de trabajo. La dificultad es que el cliente *ideal* en las prácticas real muchas veces no existe y muchas veces las organizaciones no pueden responder frente las limitaciones de stock o a las dificultades propias de un modo de comercialización “en construcción” que se define y redefine continuamente a través de la práctica cotidiana.

La multiplicidad de relaciones que se mantienen con otras organizaciones de la economía social, agencias y programas gubernamentales y ONGs contrasta con las limitaciones socio-organizativas que se vuelven evidentes apenas se comienza a indagar sobre los procesos de tomas de decisiones y los vínculos entre los organizadores. Las tensiones son permanentes y los conflictos recurrentes a lo largo de todas las trayectorias de las organizaciones. Aprender a vivir en conflicto, aceptarlo como parte del proceso de construcción no resulta nada fácil.

Reflexiones finales

La transformación del Estado de bienestar por las políticas de ajuste estructural, ha configurado en Latinoamérica no sólo un modelo estatal orientado por la concepción neoliberal del Estado “mínimo”, sino también una profunda modificación de la estructura social: la reducción de la clase trabajadora junto al avance de la informalidad y del sector servicios; el surgimiento de nuevas formas de organización social vinculados a los movimientos sociales, ONGs, voluntariado, una notoria declinación de la clase media así como la aparición de nuevas formas de pobreza y la aparición de nuevas élites. En este sentido, Argentina no ha sido la excepción.

En este contexto de crisis del Estado y caída del empleo que se produce el quiebre del modelo de sociedad estructurada por la ocupación salarial, y emerge una nueva *cuestión social* vinculada a la exclusión y a la crisis de las condiciones de vida ligada a la reestructuración capitalista. Comienza a percibirse así un renovado interés por la sociedad civil, no sólo como diferenciada tanto del Estado como del mercado, sino como espacio de desborde, como el subsuelo político en el que se gestan y desarrollan las acciones colectivas y los movimientos sociales.

En este sentido, concebimos a la economía social y solidaria como parte de este subsuelo político que se fue desarrollando en la década del noventa articulando demandas de diferentes sectores excluidos de la sociedad y postulando un modelo económico alternativo (y posible) basado en la solidaridad, y en mecanismos de producción y distribución más justos.

La complejidad y diversidad de organizaciones que forman parte de este fenómeno muestran su potencialidad y también sus limitaciones para canalizar la rearticulación social y movilizar a la sociedad en un camino económico, social y solidario alternativo. No podemos deducir el devenir que tendrá la ESyS en la conformación de un movimiento social, sus alcances y posibilidades de permanencia, pero lo que sí podemos vislumbrar es que la experiencia, trayectoria y capital social de las organizaciones junto con la articulación con el Estado cobran un papel fundamental para las posibilidades de permanencia y sostenimiento en el tiempo.

Bibliografía

ÁLVAREZ, S.; DAGNINO, E. ; ESCOBAR, A. (2000). O cultural e o político nos movimentos sociais latino-americanos en *Cultura e política nos movimentos sociais latino-americanos. Novas leituras*, Belo Horizonte, Editora UFMG, pp. 15-57.

BURT, R. (2000). "The Network Structure of Social Capital" University of Chicago and European d' Administration d 'Affairs (INSEAD)

CORAGGIO, J. (2002). La economía social como debate estructural. Debate n° 4, Buenos Aires.

CORAGGIO, J. (2007). Economía social, acción pública y política (hay vida después del neoliberalismo), Ediciones CICCUS, Buenos Aires.

DURSTON, J. (1999). Construyendo Capital Social Comunitario. Una experiencia de empoderamiento comunitario en Guatemala". Naciones Unidas CEPAL, Santiago de Chile.

FORNI, Floreal; Roldán, Laura (2004), *Continuidades y rupturas en la economía social*. En: Forni, F. (Compilador) "Caminos solidarios de la economía argentina. Redes innovadoras para la integración.". Ediciones Ciccus, Buenos Aires.

En: FORNI, F. (Compilador) "Caminos solidarios de la economía argentina. Redes innovadoras para la integración.". Ediciones Ciccus, Buenos Aires.

GARCÍA DELGADO, Daniel (1998). "La articulación del Estado con la sociedad civil" en *Estado-nación y globalización*, Buenos Aires, Ariel, pp. 223-243.

GARRETÓN, Manuel Antonio (2006). "La transformación de la acción colectiva en América Latina". *Revista de la CEPAL*, Santiago de Chile, n° , 76, pp. 7-24.

MERKLEN, D. (2005), *Pobres ciudadanos. Las clases populares en la era democrática (Argentina, 1983-2003)*, 1ª ed., Gorla, Buenos Aires.

PEREYRA, S. (2008). *¿La lucha es una sola? La movilización social entre la democratización y el neoliberalismo*. Buenos Aires, UNGS-Biblioteca Nacional.

PORTES, Alejandro (1999). *Capital Social: Sus orígenes y aplicaciones en la sociología moderna*. En: J.Carpio y I. Novacovsky (Compiladores), "De Igual a Igual. El desafío del Estado ante los nuevos problemas sociales", Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.

SVAMPA, M. (2005). "La sociedad excluyente. La Argentina bajo el signo del neoliberalismo, Buenos Aire, Taurus, p. 21-91.

TAPIA, L. (2008). "Movimientos sociales, movimientos societales y los no lugares de la política" "Estructuras de rebelión" "Subsuelo político" "Política salvaje" en *Política Salvaje*. CLACSO Coediciones La Paz, CLACSO, Muela del Diablo, Comunas, 53-114.

TILLY, C. (2000). "La desigualdad persistente", Manantial, Buenos Aires.

TOMAS, R. (2002) "Sujetos en movimiento: redes y procesos creativos en la complejidad social.". Montevideo, Nordan-comunidad, CIMAS.